

La pasión de escribir. Conversando con Mario Vargas Llosa

The passion for writing: A conversation with Mario Vargas Llosa

Editado por Jorge Rodríguez

Introducción: La mañana del 18 de diciembre de 2002 se hizo realidad aquello que comentaba el otro día, en clase, el profesor José María Sesé: "para que exista universidad no hace falta que hayan aulas, sino un profesor, un alumno, una pregunta de por medio y un árbol que los cubra". Y esto fue lo que ocurrió aquel día en los jardines de la Universidad de Piura, donde profesores y estudiantes se reunieron en torno a un estrado para charlar con el escritor Mario Vargas Llosa.

El entonces rector, Antonio Mabres, para darle la bienvenida recordó su primera visita en 1981, en la que fue "testigo cercano de una cariñosa acogida y aliento –por parte del literato– al trabajo que nuestra universidad realizaba".

Luego de 21 años Vargas Llosa regresaba a la Universidad de Piura para disertar durante dos horas sobre la pasión de escribir. Las preguntas fueron muchas y el tiempo corto, pero todos salimos satisfechos del coloquio. El mismo novelista comentó "De todas las universidades que he conocido y visitado en el mundo, nunca había encontrado una en la que sólo se me hiciera preguntas de literatura".

Introduction: In the morning of December 18th 2002, what professor Jose María Sesé stated during a lecture, became a reality: "in order for a University to exist, classrooms are no needed, but a teacher, a student, a question in between, and a tree sheltering them both." This happened that day, in University of Piura's campus central gardens, where faculty and students gathered to chat with writer Mario Vargas Llosa.

Former University President, Antonio Mabres, recalled the authors' first visit in 1981, when he said to be "a close witness of an affectionate welcome and support for those efforts our University was involved with."

Twenty one years later, Vargas Llosa returned to lecture, for a couple of hours, on the passion for writing. Despite questions being many, and time scarce, everyone felt satisfied with the address. "Of all the universities I've known and visited around the world, I had never met one where the questions made to me purely concerned literature", the novelist remarked.

El presente coloquio fue conseguido gracias a un esfuerzo coordinado por el Área Académica de Escritura Periodística, de la Facultad de Comunicación de la Universidad de Piura, de la cual Jorge Rodríguez es el director. jrodrigu@udep.edu.pe

¿Qué nos puede decir de su última novela?

Mi última novela, que está ya terminada, incluso en pruebas y que debe salir a comienzos de marzo probablemente, es una novela que se titula "El paraíso en la otra esquina".

Es un título que alude al tema central que es el tema de la utopía. Es una tradición antiquísima. Creo que en todas las culturas, pero sobre todo en la cultura occidental, la búsqueda de una sociedad perfecta, la idea de que el paraíso se puede encarnar en la historia y de que en este mundo se puede construir una sociedad absolutamente perfecta, de justicia, de igualdad, de libertad, ha sido un sueño que ha acompañado al hombre desde los albores de la civilización. Y, probablemente, en ningún momento de la historia esta idea, la búsqueda de la sociedad perfecta, tuvo el arraigo y la fuerza que tuvo en el siglo XIX y principalmente en Francia. Allí, entre otros muchos soñadores, buscadores de sociedades perfectas, ideólogos iluminados, florecieron dos personajes muy extraordinarios, por sus vidas, también por sus obras y por la significación que desde la perspectiva contemporánea tienen ambos, Flora Tristán y Paúl Gauguin.

Ambos eran franceses, pero tuvieron una vinculación con nuestros personajes y episodios que me sugirieron anécdotas y me

enriquecieron muchísimo la visión de un mundo, de una sociedad, de una historia y de alguna temática, que, de alguna manera, espero aparece en mi novela.

¿Qué experiencia encuentra entre el escribir y el conocimiento de uno mismo y el avance de la vida. Es decir la relación entre la escritura y el sujeto mismo?

La literatura, el ejercicio de la literatura enriquece extraordinariamente la visión del mundo, en los lectores de buena literatura pero también en los escritores. Uno aprende muchas cosas desarrollando una historia, aprende en el campo de la psicología humana muchísimo. Cualquiera que ha escrito una historia sabe que los personajes tienen que actuar de acuerdo a ciertas reglas, que la libertad que tiene el escritor para crear esas reglas de conducta es bastante limitada, no puede forzar de una manera arbitraria lo que es la experiencia del lector, porque el lector juzga la literatura en función de su propia experiencia de la vida y si una historia arrolla arbitrariamente lo que son esos supuestos de la vida –que el lector conoce a través de su propia experiencia– la reacción es no creer y ese es el gran enemigo de los escritos: la incredulidad de un lector.

Para vencer la incredulidad, para persuadir al lector de que es cierto aquello que se le cuenta, es que el

escritor inventa técnicas literarias, se vale de toda clase de estrategias, de estratagemas, de tretas para ser aceptado por el lector, a veces en contra de su experiencia primera de la vida. Ese es un proceso en el que uno va enriqueciendo muchísimo su conocimiento de la psicología humana y la psicología no está disociada, por supuesto, de los otros órdenes de la existencia.

Por otra parte, si hay algunos otros géneros en los cuales la intuición prevalece o puede prevalecer, puede hacerlo de una manera determinante. Hay un género que es el de la novela, en que la experiencia y el conocimiento son fundamentales. No hay novelistas precoces, a diferencia de lo que ocurre con la poesía. Hay poetas precoces, es verdad. Rimbaud es un poeta que a los 14 años ya había escrito su obra maestra. Pero no hay nada comparable en la novela. La novela resulta siempre de una experiencia sedimentada y profunda de la vida, una experiencia que se adquiere viviendo y que se adquiere, también, sobre todo, leyendo. La mejor manera de adquirir una formación para un escritor es leyendo buena literatura y leyendo inteligentemente, no sólo dejándose hechizar, hipnotizar, subyugar por la magia de un estilo, con la eficacia de una técnica; sino también tratando de averiguar qué hay detrás de esa magia, qué hay detrás de ese hechizo que una buena novela ejerce sobre nosotros.

De allí descubre una complejísima estructura formal, verbal, de orden, de construcción de la historia, y todo eso es un conocimiento que no está disociado de la vida, porque las técnicas, las formas artísticas resultan siempre de una cierta manera de vivir, de entender el mundo, de tal manera que todo eso es conocimiento. Es un conocimiento que no se puede identificar, necesariamente, con el conocimiento académico, ni siquiera con el conocimiento racional, pero es conocimiento, y es por eso que los grandes novelistas, las grandes novelas enriquecen extraordinariamente nuestra comprensión de lo que es el mundo, de lo que es la historia, de lo que es la vida. Yo iría incluso un poquito más lejos: diría que la literatura nos da un conocimiento y una dimensión de la vida que ninguna otra disciplina nos puede dar.

La novela, y la literatura en general, nos da una descripción de aquello que forma parte también de la vida sin formar parte de la experiencia objetiva. Nos da una información muy precisa sobre aquello que no existe en realidad, pero que quisiéramos que existiera y que como ésta es una necesidad tan poderosa lo inventamos, lo creamos, convertimos esas ilusiones en ficciones y esas ficciones –que no forman parte de la realidad histórica– sí forman parte de la vida, porque complementan, de alguna manera, nuestra existencia.

Esa es una realidad humana que sólo la literatura, a través de esas ficciones que ella crea, nos revela. Es un tema que, desde luego, habría que desarrollar muy largamente; pero creo que se puede resumir de esta manera: La vida no sólo está hecha de verdades, la vida está hecha también de mentiras y unas mentiras que nos contamos nosotros a nosotros mismos porque no podemos vivir sólo de verdades, necesitamos también vivir de ilusiones, de ensoñaciones, de mitos, de unas irrealidades que la literatura vuelve realidad.

¿En cuántas oportunidades ha venido a Piura y qué recuerdo tiene de esta ciudad?

Yo viví en Piura en dos ocasiones. La primera, tuve amistades que luego permanecieron en mi memoria profundamente arraigadas y se convirtieron también en inspiración para materiales de trabajo. Uno tiene determinadas reacciones emocionales con los lugares, es como con las personas. Nosotros tenemos dificultades para saber por qué ciertas personas nos caen simpáticas o antipáticas a los dos minutos de haber estado con ellas.

Creo que pasa lo mismo con los lugares. Hay lugares con los que inmediatamente se produce una afinidad, un encuentro, hay allí como una revelación de que ese contacto estaba siendo esperado,

buscado y en otros casos lo que se produce es rechazo.

No les voy a decir cuáles, pero he estado en ciudades en donde a los cinco minutos de llegar, sin haber visto nada, me he sentido convencido de que allí no podría vivir, de que me sentiría absolutamente prisionero y, en cambio, hay otras ciudades que desde el primer momento me siento como en mi casa. Yo no sé si usted ha oído hablar de un libro que se llama "Las Enseñanzas de Don Juan". Es un libro que hace unos treinta años tuvo mucho eco en el mundo entero. El libro narra la historia de un antropólogo, era profesor de la Universidad de Los Angeles que, haciendo estudios de antropología, entró en contacto con un brujo de una comunidad mexicana. Había ocurrido una cosa muy interesante, según dice el libro: el antropólogo quería estudiar al brujo y en realidad fue convertido por el brujo a sus creencias y a su cultura. El brujo se llamaba Juan y habría que contar todo una novela al respecto, porque después se descubrió que el autor de la novela había inventado su biografía y no era quien decía ser y por lo visto no era ni siquiera norteamericano, ni mexicano, sino más bien un peruano de Cajamarca que se había inventado una identidad. Bueno una de las enseñanzas de don Juan en ese libro es: Si quieres alcanzar la sabiduría tienes que borrar tu pasado y crearte un pasado. Pero,

para mí, la primera enseñanza del libro y la única que recuerdo –porque creo que es la única que me interesó– era lo siguiente: el brujo le dice mira, allí donde tu estés, en ese cuarto, en esa oficina, en ese descampado hay un lugar que te está esperando, que es el tuyo y en el momento que tú lo ocupes vas a saber que ese es tu lugar, tú vas a sentirte desde el punto de vista espiritual, desde el punto de vista emocional, en tu casa porque en todo los lugares hay un lugar para cada cual. Y le dice, además, al antropólogo busca en este cuarto. Es muy bonita esa escena. El antropólogo, sintiéndose un poco ridículo al principio, se para, se sienta, se echa en el suelo, se encoge, luego de muchas horas de buscar algo ocurre y siente que ha encontrado su lugar, su sitio. Creo que nos pasa lo mismo con las personas y las ciudades, hay unas personas que cuando las conocemos pareciera que las hubiéramos estado buscando o que ellas nos hubieran estado buscando porque surge inmediatamente entre nosotros una afinidad. Creo que pasa exactamente lo mismo con los lugares y eso es lo que a mí me pasó con Piura: cuando inmediatamente llegué la primera vez, cuando era un niño de 10 años, sentí que había una conexión muy íntima, muy estrecha; es decir, no lo sentí en esos momentos, lo descubrí después por la manera cómo las imágenes de esa experiencia piurana me acompañaron, se grabaron y se convirtieron en un fermento tan rico

en lo que se refiere a mi vocación y a mi trabajo. He tratado de dar explicaciones racionales, pero creo que en el fondo, en lo profundo, esto no es algo que se pueda explicar racionalmente, es algo tan difícil de explicar como lo es la amistad o lo es el amor, cosas que ocurren y no pasan sólo por la razón, por la inteligencia, sino que pasan directamente por el corazón, por los sentimientos, por la sensibilidad y con Piura es lo que exactamente he tenido yo: una especie de historia pasional, de la que estoy muy enormemente reconocido. No sé qué porcentaje, pero sí un buen porcentaje de las historias que he escrito no las hubiera escrito si los dos años –incluso unos meses menos– no los hubiera pasado en esta ciudad.

¿Cuál es el proceso creativo de sus libros. Cómo empieza y cómo crea sus personajes?

Este proceso que está detrás de cada libro que he escrito, me refiero sobretudo a los libros de creación no a los ensayos, siempre ha tenido un punto de partida bastante misterioso porque nunca ha sido algo deliberado y nunca he elegido con toda frialdad, de una manera puramente racional, escribir una novela, una obra de teatro, un cuento sobre determinado tema.

He escrito las historias que he escrito porque algo me ha pasado, algo que, por alguna razón, para mí

oscura, ha dejado en mi memoria unas imágenes que luego a veces a los pocos días, a las pocas semanas y a veces bastante tiempo después se convierten en un fermento para la fantasía, generalmente cuando digo bueno esta es una historia sobre la que yo debería escribir, he estado ya trabajando sin darme cuenta, en esa historia, siempre a partir de experiencias vividas, una persona que conocí, algo que oí, a veces algo que leí, algo que deja unas imágenes que se convierten poco a poco en un gran estímulo para fantasear alrededor de ellas, para ir creando alrededor de ellas, como el embrión de una historia.

Cuando me decido a tomar notas empiezo a trabajar haciendo algunas trayectorias anecdóticas, haciendo fichas sobre posibles personajes, en realidad sin darme cuenta ya he estado trabajando. Todas las historias que he escrito han tenido ese comienzo. No quiero decir con esto que todo lo que he escrito es autobiográfico, no. Ése es siempre el punto de partida y luego, lógicamente, a esas imágenes que si tienen una raíz autobiográfica, se añaden muchas otras que son obra de la invención.

Una cosa que es fascinante para mí es que esas imágenes que desencadenan ese proceso creativo atraen otras. Me ha pasado, por ejemplo, que hace muchísimos años, viendo un libro de historia del anarquismo español, leí que un

grupo anarquista de Barcelona –cuando el anarquismo tuvo mucho auge en el siglo XIX– había quedado fascinado con las teorías de Franz Joseph Gall, quien inventó la frenología, una pseudociencia que fue bastante popular en el siglo XIX. Una pseudociencia según la cual en los huesos de la cabeza estaba representada el alma, la psiquis de la personalidad. Se concluía que, auscultando los huesos de la cabeza, podían determinar perfectamente la psicología, la personalidad y en cierta forma el destino, la historia de las personas. Este grupo de anarquistas catalanes pensó que la frenología era la fundamentación científica del materialismo. Entonces ellos asumieron la frenología como parte de su ideología y se convirtieron en anarquistas frenólogos.

Esta historia me fascinó e inmediatamente me sugirió la idea de un personaje, un anarquista frenólogo. Ahora, si yo escribía en esa época novelas contemporáneas situadas en el Perú ¿cómo metía en una historia peruana contemporánea a un anarquista frenólogo? Era absolutamente irrito al mundo que era mi mundo literario. Entonces me quedé con la preocupación de que a este personaje yo no tenía, simplemente, dónde ponerlo. Bastante tiempo después leí un libro maravilloso de un escritor brasileño que trata de explicarse las razones de una guerra civil que causó estragos en el noreste

brasileño en el interior de Bahía, a fines del siglo XIX. A mí ese libro me fascinó tanto que me sugirió la idea de una novela de estirpe histórica situada en esa época y cuando empecé a escribirla de pronto la vieja idea que ya creía enterrada y olvidada del anarquista frenólogo resucitó ¿Por qué resucitó? Yo tenía allí como almacenado en la memoria sin saber dónde meterlo hasta que empecé a escribir "La guerra del fin del mundo". Esto me pasa constantemente con las novelas que escribo: me embarco en un proyecto a partir de una experiencia que resulta enormemente estimulante para la imaginación y en este proceso de pronto van reapareciendo viejos estímulos, viejos proyectos enterrados allí en el fondo de la memoria, porque en este proceso—que es muy fascinante y que no es un proceso que yo acabe enteramente de entender en términos racionales— tengo la impresión de convertirme en una especie de caníbal, de persona que utiliza todo, se vale de todo lo que tiene allí en su imaginación o a su alrededor para ir amoblando, enriqueciendo esa historia en la que estoy trabajando. Lo único que tengo más o menos claro es la historia que quiero contar y nada más. Yo sé que una historia no es solamente una historia. Una historia transpira luego todo tipo de ideas, de valores o desvalores.

Pienso que si uno quiere transmitir

un mensaje cultural, o de tipo ideológico, de tipo político, religioso, lo mejor es que escriba un ensayo y no que se valga de una ficción como vehículo para determinadas convicciones. Generalmente, las obras literarias que pretenden servirse de la ficción como un instrumento para la propagación de determinadas verdades, son muy malas obras literarias, porque no hay en ellas esa libertad que un lector exige siempre de los personajes de una historia. Si un personaje no es libre, si un personaje aparece como el muñeco de un titiritero al que el autor va utilizando o manipulando para que predique, para que haga apostolado a favor de determinada causa, pues se siente que ese personaje no es libre, que ese personaje es un mero testaferrero y si ese personaje no es libre pues no me inspira ninguna credibilidad su manera de actuar.

Es fundamental que los personajes de una historia sean libres o parezcan libres a un lector. Creo que el autor debe tratar a los personajes con el máximo respeto y luego de crearlos aceptar que esas criaturas son ya unas criaturas soberanas, independientes y no se puede forzar a actuar de una manera que sea írrita a su propia personalidad, a su propia constitución cultural o anímica, biológica y esa espontaneidad es uno de los ingredientes fundamentales para que una historia y unos personajes tengan ese poder de persuasión que

es lo que es lo que hace que ciertas obras literarias les parezcan la encarnación misma de la vida y otras parecen más bien palabra muerta.

Le he oído hablar de la razón y la imaginación y también la memoria y a mi me preocupa, me interesa la armonía de las facultades. Mientras el literato va creando ¿qué papel podrían o pueden jugar la libertad y la voluntad?

La creación, no solamente la literaria, sino la creación en general exige la participación de la totalidad humana. Cuando uno escribe, como cuando pinta o esculpe o compone, lo hace con todo su ser, lo hace con su conocimiento. Desde luego, lo hace también con sus sentimientos, con sus pasiones, sus instintos, lo hace con sus demonios, con sus obsesiones, todo ello compadece en proporciones que varían mucho, de acuerdo con los géneros y las personalidades que no son idénticas entre los escritores y entre los artistas. Se puede decir, tal vez, que hay algunos géneros en los que la intuición, la emoción y los sentimientos tienen una función más determinante que en otros.

Una de las cosas buenas que tiene la literatura, y el arte en general, es que ellos nos demuestran que a la hora de juzgar al ser humano las excepciones son casi tan importantes como las reglas. En literatura eso es evidente. Cuando ustedes leen la

teoría literaria o una explicación literaria sobre determinado autor, sobre determinada obra, con determinada tendencia, inmediatamente descubren que hay tantas excepciones que esas reglas resultan siendo muy, muy relativas. Creo que eso no es casual, sino que demuestra la infinita complejidad y diversidad del ser humano. El ser humano no puede ser encajonado enteramente dentro de una concepción racional, sin ser desnaturalizado, deformado. Hay siempre algo impredecible en el ser humano y afortunadamente es así porque si no fuera así la libertad no existiría. Si el hombre respondiera exclusivamente a una determinada concepción podría ser previsible. Afortunadamente no es así: el ser humano está siempre sorprendiendo, está siempre desbordando todas las casillas que tratan de encuadrarlo, de explicarlo y creo que esto lo refleja maravillosamente la literatura. En ella hay una extraordinaria diversidad, la idea del ser humano, la idea de sociedad, la idea de la historia que nos da un Tolstoi, un Faulkner, un Cervantes, un Shakespeare, son inmensamente diferentes y sin embargo nosotros no concluimos esa diferencia, que hay una sola de esas visiones, que es la verdadera y las otras falsas. Son visiones muy distintas, muchas veces contradictorias y profundamente complementarias, porque el ser humano es esa diversidad, ese abanico

extraordinario de posibilidades. En ese sentido sí creo que la literatura nos enriquece. Esa visión de la infinita diversidad del ser humano y de la vida, la manera de cómo la razón y la sin razón participan en la creación literaria es algo evidente y, por otra parte, para mí es algo de lo cual es muy peligroso establecer normas. Creo que no las hay. Estoy totalmente convencido, a través de mi experiencia de escritor, que uno no escribe sólo con la razón, de ninguna manera. Hay unos elementos espontáneos, inconscientes que van irrigando siempre el trabajo creativo, de una manera que es difícil de precisar, pero que es inequívoca. Quizá lo más interesante de un proyecto literario es ver aparecer esos elementos que uno no sabe de dónde salen, ni por qué salen; pero evidentemente salen de uno mismo y sí salen de uno mismo y si uno no es consciente de ellos, ellos vienen de nuestro inconsciente, de esa dimensión oscura de nuestra personalidad y eso mismo creo que es lo que de alguna manera busca el lector cuando lee una obra de ficción. Una obra de ficción que es enteramente controlada por la razón suele darnos la impresión de carecer de vida porque la razón sola no crea la vida.

La vida no es sólo razón. La vida es razón también y es otras cosas. Es pasión, es emoción, es instinto y por eso la vida está hecha de luces y de sombras y hay mucho misterio en

ella. Una literatura que no es capaz de mostrar esas características de la vida a un lector de una manera espontánea sin que se lo racionalice, le da una impresión de falsedad y de inautenticidad. Entonces el lector hace esa cosa terrible para un escritor: no cree en aquello que le cuenta. Y si el lector no cree en aquello que se le cuenta esa literatura no existe, no vive.

¿Cómo hace para, en un momento del día, escribir literatura y, en otro de la semana, aterrizar a la realidad y poder hacer un análisis a través de un ensayo muy profundo, o de su columna Piedra de Toque?

Nunca he podido escribir dos libros a la vez, nunca he podido. Cuando estoy escribiendo una novela estoy escribiendo una novela, cuando estoy escribiendo un ensayo, pues escribo un ensayo. De lunes a sábado trabajo en lo que es el proyecto en el que estoy embarcado, los domingos los dedico al periódico. Los artículos los escribo siempre los días domingo y lo hago por que a mí no me gusta la idea del escritor encerrado en un cuarto de corcho, como Proust. Necesito por lo menos un pie al otro lado del escritorio, en la calle, un pie en la historia haciéndose, la vida viviendo y eso para mí es el periodismo. Por eso escribo esa columna, es una manera de no despegar de la verdad y estar en un mundo de pura imaginación. Pero la literatura es lo que más me gusta.

La literatura es una pasión para mí fundamental pero no me gustaría vivir sólo en literatura como viven algunos escritores y algunos grandes escritores. Yo necesito tener siempre un contacto permanente con esa realidad cambiante, riquísima, terrible, que es la realidad en la que estamos inmersos. Ésa es la realidad que alimenta mi literatura. No es el caso de todos los escritores, hay escritores que viven mucho más en su propia fantasía y llegan incluso a desconectarse de la vida, de su entorno. Para mí esa es una actitud que no me seduce en absoluto. Puedo perfectamente trabajar en una novela de lunes a sábado y, el domingo, cambiar el registro y escribir sobre un tema de actualidad.

Por otra parte, para mí el periodismo es participar en el debate cívico. Tampoco quiero establecer unas reglas generales, hay extraordinarios escritores que tienen un desprecio infinito por los temas de actualidad, los aburre y los desprecian y eso no les ha impedido escribir obras extraordinariamente importantes. En mi caso, la actualidad es muy importante y necesito constantemente sentirme formando parte de esa actualidad, y sobre todo sentirme participando en ese debate cívico. Ello tiene que ver con mi formación. Cuando era estudiante, adolescente, había una idea de la literatura que se había divulgado por el mundo a través de los existencialistas franceses, principalmente Sartre y Camus.

Eran intelectuales que nos decían que la literatura no solamente era un arte, sino también un instrumento de acción social, de acción política y que a través de la literatura un escritor podía cambiar la historia. "Las palabras son actos", ésta es una frase que nunca he olvidado de Sartre. La palabra es acto, y si nosotros queremos ser escritores, al mismo tiempo, podemos movilizar el mundo en el que estamos inmersos en determinada dirección, dar determinadas batallas en defensa de determinados principios, esas son las ideas sobre los poderes de la literatura y las responsabilidades del escritor que ya no están de moda. Hoy día escritores jóvenes en el mundo miran con mucho escepticismo esa idea; incluso la miran de una manera muy despectiva, muy irónica y dicen qué vanidosos, creen que con un poema pueden cambiar la historia, ¡qué ilusos!

Creo ya que un escritor debe ser menos ambicioso, pero hay que aceptar que la literatura es una forma de entretenimiento, desde luego superior, que puede ser extraordinariamente elaborada, que puede enriquecer extraordinariamente la imaginación y la sensibilidad. Ahora hay un tipo de literatura que es la "literatura ligh" que está tan de moda, que es una literatura que está hecha sólo para entretener. Para mí esa es una concepción inaceptable. No fui formado dentro de esa idea. Creo

que había una cierta ingenuidad con la idea de que con alguna novela o con algún poema uno podía provocar cambios revolucionarios en la sociedad. Esa idea ya no la creo, pero no creo tampoco que la literatura sea un mero entretenimiento, una mera ilusión que vivimos y que luego se eclipsa sin dejar ninguna huella. No lo creo porque mi propia experiencia me dice que no ha sido así, que sin los buenos libros que yo he leído, mi vida hubiera sido mucho más pobre, más mediocre, más vulgar de la que ha sido.

Creo haber comprobado que la literatura sí enriquece extraordinariamente la existencia de las personas, aunque no pueda demostrarse y aunque esa influencia sea escurridiza, invisible, pero deja una huella. Entonces como creo que la palabra escrita y la literatura sí tienen una influencia –de acuerdo a lo que se llamaba cuando yo era joven el compromiso del escritor– es que escribo artículos periodísticos.

¿Lee a sus compatriotas como Alfredo Bryce y Julio Ramón Ribeyro? Una segunda pregunta: de acuerdo a su experiencia ¿cómo ve el estado de la narrativa peruana en el contexto latinoamericano y mundial?

Mire siempre he leído por placer. Cuando era estudiante universitario tenía que leer muchas veces por obligación, pero ya no lo hago. Leo

exclusivamente por placer y jamás creo haber leído por consideración de tipo nacionalista, por ejemplo. No porque soy peruano tengo que leer a los escritores peruanos. Eso me parece una aberración terrible. En primer lugar, el nacionalismo me parece ya una aberración, pero el nacionalismo aplicado a la cultura me parece la peor de las aberraciones, lo que más puede distorsionar el criterio de las personas. Leo por placer, leo aquello que me seduce, que me interesa. Cuando sé que hay un libro que es interesante o que, de alguna manera, toca mi interés procuro leerlo. Me pasa algo y lo digo ahora con mucha nostalgia: he descubierto algo que generalmente los jóvenes no descubren, felizmente para ellos. Y es que no se pueden leer todos los libros. Cuando yo tenía quince años creía que podía leer todos los libros, maravillosa inocencia y después pasan los años y uno descubre que no puede leer todos los libros y lo descubre cuando los libros van creciendo y uno empieza a seleccionar los indispensables y luego descubre que los libros indispensables van creciendo y que las horas que uno tiene para leer van disminuyendo y que entonces debe ser muy estricto y muy riguroso con sus lecturas si no quiere perder el tiempo.

Dicho esto, puedo decir que dedico mucho tiempo a leer cosas relacionadas a mi trabajo. Por ejemplo, para escribir el libro sobre

Flora Tristán y Paul Gauguin, pues he leído muchísimos libros sobre utopías del siglo XIX, sobre lo que era la vida política, cultural, ideológica, artística en Francia en el siglo XIX. Porque si no es difícil entender lo que eran Flora Tristán y Paul Gauguin. Son lecturas, además, que me resultan muy apasionantes porque me van dando materiales para mi propio trabajo, pero claro eso me limita el tiempo. Tengo que leer por el puro placer, como el lector puro. Y claro que leo a los autores peruanos que son interesantes, sí desde luego, a Bryce lo he leído, he leído a Julio Ramón Ribeyro mucho. Julio Ramón Ribeyro era un poquito mayor que yo, pero más o menos se podría decir que formábamos parte de la misma generación y entonces a los de su misma generación uno siempre los lee, los sigue de cerca porque aprende mucho de ellos y es una manera de leerse a sí mismo.

La segunda parte de su pregunta no puedo responderla. La situación de la literatura peruana dentro del contexto latinoamericano no la sé. No tengo el conocimiento suficiente de lo que son los jóvenes escritores peruanos. Me alegra saber que hay muchos, hay muchos más de los que había cuando era joven. Éramos muy pocos en ese tiempo, ahora hay muchos más. Eso parecería indicar que hay más lectores también, ojalá sea eso verdad y eso creo que es muy positivo para el Perú, para América Latina pero

fundamentalmente para la Literatura en general.

Yo me atrevería a aconsejar a los jóvenes –no se debe dar consejos a los jóvenes entre otras cosas porque no hacen caso a los consejos de los viejos y hacen bien, naturalmente hacen bien–, pero de todas maneras me atrevería a darles un consejo: no hay que leer literatura poniendo esa perspectiva de por medio, el Perú, lo peruano, lo ecuatoriano y el Ecuador porque ese es un criterio que desnaturaliza profundamente la obra literaria. Hay un crítico muy divertido, desgraciadamente ya no está entre nosotros, José Durán, que tenía una fórmula que era mortal para criticar a los escritores peruanos que no le gustaban. Decía: “Para ser escritor peruano está bien”.

Ningún escritor debe aceptar ese tipo de argumentaciones, no se trata de ser un buen escritor peruano, se trata de ser un buen escritor, un buen poeta, un buen novelista y hay que fijarse en los topes más altos a la hora de escribir. No se trata de ser tan bueno como Julio Ramón Ribeyro, que era un muy buen escritor. Se trata de ser un buen escritor, y a la hora de escribir volcarse entero y fijarse esos topes que nos llevan a una autocrítica tremenda, a una autocrítica feroz. No hacer concesiones, mucho menos en función de nuestro entorno, porque quien escribe haciendo ese tipo de concesiones

irremediamente va a escribir mal, hay que fijarse topes muy altos, volcarse entero en el trabajo como si quien nos fuera a leer, fueran a ser los lectores más cultos, exigentes y rigurosos del mundo.

Yo tuve la fortuna de trabajar cinco años, cuando era estudiante universitario de San Marcos, con Raúl Porras Barrenechea, un historiador al que yo le debo muchísimas cosas. Un hombre realmente extraordinario y unas de las cosas que le debo a Raúl Porras Barrenechea era esa actitud frente a su propio trabajo. Él preparaba sus clases en San Marcos como si los estudiantes que iban a escucharlas fueran los estudiantes más cultos, más intransigentes en materia de historia del mundo. Entonces este señor que llevaba varios años enseñando y sabía tanto de la historia del Perú, sobre todo del Descubrimiento y la Conquista, seguía en su vejez preparando sus clases como el profesor que va dar su primera clase, lleno de temor, verificaba sus fichas, comprobaba la certeza de sus datos y era porque tenía una altísima visión de lo que era su propio oficio y su propia vocación. Su tope no era ser tan bueno o mejor que Luis Alberto Sánchez, o que Valcárcel, o que Basadre. Su tope era ser un gran historiador.

Ésa es la actitud, que creo, debe tener el joven o la muchacha que escribe, que compone. El joven que

descubre la pintura, la música, fijarse las metas más amplias y exigirse, y criticarse y autocriticarse y no hacer concesiones consigo mismo. Esa actitud es fundamental para acertar a la hora de escribir.

Doctor Mario Vargas Llosa, en un discurso suyo en la Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas usted hizo referencia al poco valor que se le está dando a la literatura. Quería saber si usted lo había tomado desde el ámbito estrictamente nacional peruano o se había visto ese mismo problema a nivel mundial y en Latinoamérica. También quería saber qué podemos hacer nosotros los jóvenes para hacer que la literatura siga viva en nuestros corazones.

No recuerdo exactamente la referencia, pero me parece que tiene que ver con un debate que está en actualidad y es cuál va a ser el futuro de la Literatura, si va a tener un futuro la literatura. Es algo sobre lo que existe una cierta incertidumbre, en un mundo de revolución audiovisual. Con la aparición de nuevas tecnologías ¿qué va a ocurrir con la literatura, la cultura del libro se va a mantener? Hay grandes pensadores, grandes críticos que son muy escépticos sobre el futuro de la literatura, entre ellos un George Steiner, quien es uno de los grandes críticos literarios, justamente una de las eminencias que ha producido la cultura del

libro, y él es muy escéptico. Cree que la literatura está en un proceso de declinación después de durar poco o mucho, pero que en el futuro el mundo de la literatura va a desaparecer o va a convertirse en un mundo muy minoritario y marginal, porque la cultura va a tener un sesgo fundamentalmente audiovisual. Dice que habrá algo que se llame literatura, la literatura de los ordenadores, de las computadoras, pero que no tendrá esencialmente nada que ver con lo que esencialmente entendemos por literatura.

Bueno no soy adivino, de tal manera no sé lo que va a ocurrir, pero creo que esa preocupación está justificada, de hecho que las estadísticas nos dicen que se lee más que antes. Creo que también es cierto que esa estadística es un tanto engañosa porque quienes leen hoy día dan una cabida mucho más pequeña a la literatura o a los libros en sus vidas, que la que daban los lectores de antaño, aunque esos lectores de antaño fueran minoritarios.

Lo que sí me atrevo a decir es que si la literatura desaparece o se convierte en una actividad más bien marginal en el futuro habrá un gran empobrecimiento de la cultura y de la vida en general, aunque esa vida en sus logros económicos refleje un extraordinario progreso. Creo que la literatura cumple una función que no es reemplazable con los medios

audiovisuales, el dominio del lenguaje. No hay nada que la remplace como manera de tomar posesión de una lengua, hablar bien, saber expresarse con coherencia y eficacia. Esto no es sólo dominar una técnica de expresión, significa saber pensar mejor. Quien domina una lengua piensa mejor, es capaz de comunicar con mucho más matices, precisión y exactitud sus experiencias y su conocimiento del mundo.

Por otra parte, la literatura es una de los pocos denominadores comunes que nos queda en el mundo, donde la especialización avanza de una manera arrolladora. El conocimiento se ha fragmentado, ha ido especializándose y esa es una tendencia que no va a disminuir, sino que va a ampliarse cada vez más, justamente con el enriquecimiento extraordinario de las tecnologías, las ciencias. Por eso, la literatura es uno de los pocos denominadores comunes que existen. Allí, en la literatura, el ingeniero, el arquitecto, el físico, el químico, el albañil encuentran un terreno común, donde descubren que por debajo de todas esas diferencias hay una unidad profunda, una unidad que tiene que ver con nuestra condición, con nuestros sentimientos, con nuestros sueños, con nuestras pasiones. Nos recuerda que formamos parte de una fraternidad o una comunidad. Con su desaparición uno de esos denominadores comunes que

mantiene todavía la especie solidaria desaparecería.

Creo que hay muchas otras razones para defender la Literatura como algo esencial a la vida humana, pero quiero citar una sola: La Literatura es una fuente de rebeldía frente a lo existente, y si desaparece crearía condiciones para que el mundo fuera infinitamente más conformista, incluso para que la comunidad humana fuera manipulada o esclavizada. Para mí y en ese sentido, la literatura es uno de los grandes valedores de la libertad humana, porque es una fuente de rebeldía, de actitudes críticas frente a lo existente. La literatura con su sola existencia nos está demostrando que el mundo en el que vivimos no nos basta, que esta realidad tal como es no es suficiente para colmar nuestras expectativas, nuestros sueños. Queremos algo más porque como seres humanos estamos hechos de esta curiosa dualidad: una existencia que tiene determinadas posibilidades y una imaginación capaz de ir mucho más allá de esos fines y hacerlos presentir y desear una vida más rica, más profunda, más intensa, más diversa que la que tenemos.

La literatura ha nacido, justamente, de esta dualidad que forma la condición humana: como no podemos tener todas las vidas que quisiéramos tener, porque estamos confinados por la existencia en una

sola vida, hemos inventado una manera de tener esas otras vidas que nosotros tenemos y vivirlas de la ilusión. Ésa es la literatura. Cuando nosotros regresamos a esa vida pequeña, confinada, limitada que es la vida de la realidad, luego de vivir de esa manera arbitraria que nos hace vivir la literatura, ocurre que miramos nuestro entorno y somos mucho más sensibles y lúcidos respecto a sus imperfecciones, respecto a sus limitaciones para colmarnos. Comparado con el mundo donde viven El Quijote y Sancho, ¡qué mediocre, qué pobre es este mundo que nos rodea! Bueno esa comprobación sin necesidad que nos planteemos política o biológicamente nos hace sentir un malestar respecto al mundo en que vivimos. Ese malestar es una rebeldía, es una manera de decir "no", el mundo en el que vivimos es un mundo que está mal hecho, y está mal hecho porque a mí me obliga a ir a buscar en el mundo de la ficción aquello que este mundo no me puede dar.

Creo que si la literatura desaparece o se convierte en una actividad de catacumbas o clandestina esa fuente de desasosiego, de crítica, de rebeldía frente a lo existente, quedaría sesgada y sería mucho más fácil para los poderes esclavizar a los seres humanos, manipularlos y hacerlos actuar y comportarse como si el mundo en el que viven fuera un mundo bien hecho y capaz de satisfacer todos sus anhelos y

sueños. Es decir, la libertad quedaría recortada y amenazada. Por eso, hay que defender la literatura y no sólo como esa fuente extraordinaria de placer que es, sino, antes que nada y sobre todo, porque nos da placer, nos hace pasar unos momentos absolutamente maravillosos, compartiendo esas existencias formidables de los personajes de la ficción. Pero, además y sobre todo porque nos enriquece y, de alguna manera, nos hace grandes y nos hace movilizados del cambio. Para que el mundo cambie tiene que haber un descontento, conciencia clara de que el mundo tal como es no es suficiente, no es bastante para lo que nosotros queremos y aspiramos. De esta actitud nace el progreso, y para que esta actitud se mantenga y sea viva la literatura es indispensable. Por eso, la literatura de ninguna manera debe ser una especialidad. La literatura es un denominador común, se hace para todos y si se aparta del común, entonces pierde su razón de ser y se convierte en una caricatura de lo que ha sido siempre.

Dr. Vargas Llosa, si no le incomoda quisiera volver sobre un punto que ya fue tratado, pero que me deja una inquietud. En las primeras obras que usted produce desde "La ciudad de los perros" hasta "Conversación en la catedral", la concepción sartriana es evidente, luego su cambio es radical. Usted ha dicho que tiene un pie siempre en la realidad y que fue notando

que las concepciones ideológicas y las actitudes políticas del mundo iban cambiando, pero yo quisiera preguntarle, ese cambio de mentalidad que aparece después de "Conversación en la catedral" es un acto puramente racional, es una decisión política o es algo que va creciendo como un proceso de lenta maduración de los mismos cambios de la sociedad y de las ideologías?

Es una pregunta muy interesante que desgraciadamente voy a contestarla de una manera algo esquemática. Sí es verdad que se produjo un cambio en determinado momento, un cambio que tuvo que ver con muchas cosas, con mi evolución política, por ejemplo. Hay un cambio a partir de los años sesenta no en lo fundamental. Lo fundamental se mantiene, ciertos ideales de mi juventud siguen siendo los ideales del hombre maduro que soy ahora: justicia, libertad, un destino mejor para mi país, para América Latina y para el mundo. Esos eran mis ideales de juventud. Cuando era joven pensaba que los cambios pasaban por la revolución, exactamente por la revolución marxista, por el comunismo. Después, muy rápidamente, llegué a la conclusión de que no era así, sino que, más bien, eso traía consigo una nueva forma de injusticia que hacía desaparecer justamente esa libertad. Entonces empecé a reivindicar la democracia y luego fue evolucionando a lo que creo ahora soy, un liberal.

Sé que para muchos esa palabra está deformada, caricaturizada sobre todo por los enemigos de la libertad, eso es lo que soy yo ahora mismo. Esto se ha reflejado en mi manera de escribir, ahora, repito, cuando escribo ficciones, cuando escribo novelas procuro desideologizar al máximo mi trabajo intelectual, porque soy muy consciente de que utilizar la literatura como un vehículo para propagar determinadas convicciones es la mejor manera de matarla.

Ahora hay otro aspecto literario y filosófico y quizá ético que es importante: Sartre tuvo una enorme influencia sobre mí. Cuando yo era estudiante universitario leía a Sartre con verdadera pasión. Su concepción de la literatura encajaba en lo que verdaderamente yo quería que fuera: por una parte una vocación artística y, por otra, un compromiso de tipo social y político, algo que era muy fuerte cuando era adolescente, el poder asociar ambas cosas en una misma actividad, según decía Sartre, para mí resultó extraordinariamente estimulante.

A mediados de los años 60, yo estaba viviendo en Francia y Sartre se volvió muy escéptico respecto a los poderes de la literatura. Recuerdo siempre como un hecho traumático para mí una entrevista que él dio a un periódico de París, *Le Monde*. Una entrevista que además provocó un gran revuelo en Francia, en la que él decía: "Yo

entiendo a los escritores africanos que renuncian a la literatura para hacer la revolución primero y crear una sociedad donde ella sea posible". Decía que los poderes de la literatura no son los poderes de la revolución, y en un momento determinado hay que dejar la literatura para hacer la revolución y había en ese reportaje una frase que se me ha quedado: "Frente a un niño que se muere de hambre, la náusea – título de una de sus novelas– no tiene ningún peso, no tiene ninguna consistencia". A mí esa entrevista me irritó de una manera que es difícil explicar. Me sentí traicionado por alguien al que consideraba un maestro. A mí me había hecho creer Sartre que la literatura era una forma de acción y que a través de la literatura uno podía cambiar la historia, podía luchar por la justicia, por la libertad y ahora venía a decirme que si yo era un subdesarrollado no podía permitirme el lujo de ser escritor, primero tenía que hacer la revolución, acabar con las injusticias, con las desigualdades para crear una sociedad desarrollada justa donde al fin sería posible la literatura. Es decir, la literatura sería un lujo de sociedades evolucionadas, prósperas y justas.

Es obvio que era una traición, era todo lo contrario de lo que él me había dicho que era la literatura y yo le había creído devotamente durante muchos años. Ya estaba demasiado sumergido en la literatura, era ya mi

manera de vivir como para creerle a Sartre esa barbaridad y entonces en lugar de abandonar la literatura abandoné a Sartre y escribí en esos mismos días un artículo muy crítico sobre él. Hay que decir que esa entrevista provocó una gran polémica, fue muy criticado por muchos escritores y él hizo un 'mea culpa', pero matizó mucho estas declaraciones y luego vivió un periodo muy malo de gran decepción. Su compromiso literario, el compromiso de su generación no había traído ninguno de los fenómenos políticos que él esperaba, eso lo llevó a decepcionarse mucho de la propia literatura, pero para mí fue una gran liberación, me dio una libertad a la hora de escribir y yo creo que eso se refleja mucho en las obras que escribo desde entonces. La primera cosa que escribo como ficción después de esa crisis es una novela de humor que es "Pantaleón y las visitadoras". No la hubiera escrito jamás antes, porque Sastre,

por ser un hombre extraordinariamente inteligente, estaba totalmente enemistado con el humor. En toda la inmensa obra de Sartre no hay ni una sonrisa siquiera. Entonces sus discípulos sentíamos que uno en la literatura no podía ni siquiera sonreír porque el que sonreía no era serio. Cuando me liberé de Sartre empecé no sólo a sonreír sino a reírme a carcajadas a la hora de escribir y descubrí que el humor era una fuente riquísima a la hora de crear y que había ciertas historias y ciertos temas que sólo se podían tratar con una vena festiva. Fue como un niño que descubre un juguete nuevo, escribí "Pantaleón y las visitadoras" después escribí "La tía Julia y el escribidor", que también es una novela donde el humor es bastante importante. Creo que desde entonces el humor ha estado presente en mis obras y eso no hubiera sido posible, si no me hubiera librado, a partir de mediados de los años 60, de la influencia de Sartre.